

¿Qué metafísica, para qué antropología filosófica?

Miguel Acosta López. Universidad San Pablo-CEU, Madrid

Este trabajo es una comunicación en este Congreso, no una ponencia, ni un artículo de revista, en él me gustaría compartir algunas reflexiones con respecto a las bases filosóficas que podemos utilizar al impartir clases de Antropología Filosófica. Al decir “bases filosóficas” me gustaría saber si concretamente podemos hablar de metafísica, y de ser así, si hay uno o varios tipos. La respuesta a estas posibilidades arrojará un estilo de antropología determinada porque toda antropología filosófica debe sustentarse en algunos presupuestos. ¿De dónde sacamos esos presupuestos?, ¿de las ciencias positivas?, ¿de las religiones y teologías? No tengo espacio ni tiempo para un análisis detenido, solamente para resaltar una idea: me parece justo reivindicar la metafísica y estudiarla a fondo, porque considero que aunque tenga mala prensa, la filosofía sigue echando mano de ella como algo que le es propio. Tal vez el título que he elegido no tenga mucha relación con lo desarrollado en estas líneas, y pido disculpas por ese motivo. Aunque intento centrarme en la primera pregunta, la segunda puede desarrollarse a partir de la opción filosófica de cada uno con respecto al modo de responderla, si hay respuesta.

1. ¿Qué se espera de las clases de Antropología Filosófica?

En estos últimos años, de manera especial, hemos podido percibir la situación de preocupación y desorientación que imperan en los diversos sectores de la sociedad. Los últimos acontecimientos terroristas y las bárbaras decisiones políticas que se han adoptado, sin tener idea clara del por qué de las mismas, ha llevado a mucha gente a plantearse temas de fondo. Como comentaba Umberto Eco¹, la gente asiste a tertulias de filósofos para intentar encontrar respuestas de fondo. ¿Por qué acuden a los filósofos? ¿Qué pueden dar o decir los filósofos? Hemos estudiado que desde hace más de un siglo la filosofía ha entrado en una crisis profunda de la cual todavía no puede salir, algunos dicen que la crisis ya ha comenzado en el siglo XIV cuando ha sido herida la metafísica². A quienes gustan de los datos cuantitativos –condición *sine qua non* del carácter científico de una disciplina en la actualidad–, basta con remitirles a los informes de las matrículas de la carrera de Filosofía de las distintas universidades españolas,

¹ Cfr. U. Eco. “Filosofía en su gabinete”. En: *Periódico El Mundo*, viernes 21 de mayo de 2004. p. 57. Trad. José Manuel Vidal.

² “Pues bien, como digo, desde el s. XIV hasta nuestros días, la metafísica ha sufrido acerbos críticas, ha sido sometida a vejatorias comparaciones con las artes mecánicas y con las ciencias matemático-empíricas, incluso ha sido negada como saber o relegada a la condición de saber pasado o superado. Como consecuencia de ello, el empuje y la inspiración de esta disciplina ha tenido que soportar recortes metódicos, amputaciones temáticas y modificaciones varias, que no sólo han dejado maltrecha su imagen, sino que la han amenazado de extinción”. I. Falgueras Salinas. *Crisis y renovación de la metafísica*. Estudios y Ensayos. Málaga: Universidad de Málaga, 1997. p. 12.

y si se quiere, europeas, para verificar el constante descenso de alumnos. No es un índice neto de la crisis, pero sí de cómo la gente pasa de esta disciplina.

Con todo, tengo la impresión de que también los filósofos estamos desconcertados, entre otras cosas porque la mayor parte de las claves que dominan la vida corriente están en lenguaje matemático y científico, temas, por lo general, alejados del estudio de los filósofos. Y la ciencia actualmente se encuentra presente en casi todos los sucesos y debates, tengan o no que ver con su área. Pero aún en nuestro mismo campo hay desconcierto, sobre todo a la hora de impartir una asignatura como Antropología Filosófica.

¿Qué enseñamos en Antropología Filosófica? Lo que vamos descubriendo en nuestro campo de investigación. La vida misma. Para encontrar alguna orientación nos reunimos en congresos con colegas que también han estudiado a nuestro filósofo señero, sea Wittgenstein, Heidegger, Kant o Tomás de Aquino y nos apuntamos a las exposiciones más acordes a lo que conocemos; porque si intentamos seguir otras líneas de pensamiento nos perdemos por la falta de especialización en las mismas. Si hablamos con filósofos a quienes no conocemos, nos piden que nos “identifiquemos”, ¿qué somos? ¿aristotélicos?, ¿hegelianos?, ¿postmodernos?, es decir, tenemos que estar en algún casillero para que puedan saber cómo pensamos y cómo tratarnos. Y si disentimos en algún punto nos defendemos diciendo que “no sabe” ni “comprende” nuestra filosofía, porque está metido en la suya, así como nosotros tampoco tenemos mucha idea de la suya y apenas osamos hacer un comentario tímido. En algún caso, vemos con envidia cómo ese filósofo tiene éxito con sus publicaciones, con sus libros de divulgación y con sus entrevistas en los medios de comunicación, mientras que nosotros estamos tan sumergidos en las profundidades de nuestros “problemas filosóficos” que el mundo de la vida se ha perdido entre los libros y la pregunta sobre la verdad se ha quedado en el camino. Todo esto nos muestra que también la especialización ha tocado sus puertas en la filosofía y nos ha obligado a vivir en islas, perdiendo la universalidad que le caracterizaba.

Con respecto a los alumnos, la situación es más desalentadora, porque el pragmatismo ha calado tanto en nuestra cultura que lo que interesa a la gran mayoría es aprobar la asignatura y que les dejemos en paz. Cada vez se torna más difícil enseñar filosofía a estudiantes que viven rodeados de cosmovisiones e ideologías de gente “original” o especialistas que se enfrentan diariamente en debates públicos o en discusiones de bares y cafés. ¿Cómo se pueden rebatir argumentos simplistas que destrazan la verdad y llevaría horas de lectura y reflexión analizarlos? Los alumnos que tenemos hoy no parecen tener la curiosidad de los discípulos de Sócrates o Platón. Ellos dedicaban horas a pensar y espetaban a sus maestros con preguntas que despertaban reflexiones de tal índole que sus cuestiones todavía llegan hasta nuestros días. La profundidad de los temas analizados en los diálogos de Platón era facilitada por el seguimiento discursivo de sus discípulos. Hoy nuestra situación es más llana y superficial, más que profundidad de pensamiento lo que se observa es viveza de imaginación y argumentos sentimentales. En algunos casos se detecta una dialéctica formal, y siempre hay poco tiempo para seguir una línea de discusión por la obligación de cubrir otros contenidos

del programa de estudios. Los alumnos encuentran distracciones mucho más apetecibles que realizar unos absurdos ejercicios de lógica.

Sin embargo, no ocurre lo mismo con las preguntas, estas sí que son las de siempre y tienen tanta profundidad como en la antigüedad, y cuando surge una de esas pocas ocasiones en que el profesor conecta con los alumnos y viceversa, y se llega a un diálogo en verdad filosófico, uno percibe que la mina de oro está allí, pero muy sumergida y casi inaccesible.

De cualquier manera, aún con este panorama, hay muchos que ven interesantes las clases de filosofía porque les hace pensar en temas que antes no se habían planteado, sobre todo, cómo ha llegado la humanidad a configurar de este modo nuestro mundo. Pero de las clásicas preguntas kantianas: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me es posible esperar?, la más difícil sin duda sigue siendo ¿qué es el hombre?

La filosofía ha sido desde sus inicios un saber de ultimidades, un tipo de conocimiento que busca dar respuestas a las cuestiones últimas y primeros principios de las cosas. ¿Sigue siendo así? A mi modo de ver, que la filosofía siga teniendo esta aspiración depende de algo que la ha caracterizado desde antiguo: la metafísica. ¿Qué metafísica? La entendida como aquel conocimiento que desea ir más allá de la *physis*, del mundo físico, de la naturaleza, pero que está íntima y fundamentalmente unida a ella. Esa parte de la filosofía que nos dota de los argumentos sobre los que se basará el resto de nuestras investigaciones acerca del mundo, del hombre y de Dios, diría también, aquello que nos permite ir al fondo de cómo pensamos y qué podemos pensar. Así, la metafísica viene a ser como el corazón de la filosofía, si la atacamos, la filosofía se descalabra. Es más, no podemos decir que hacemos filosofía si no hacemos metafísica, porque la genuina filosofía busca las más profundas verdades, y lo más profundo a lo que podemos llegar con las fuerzas de la inteligencia es a la metafísica.

Sin embargo, “¿se puede hablar hoy, todavía, de metafísica sin ruborizarse? ¿No ha sido desechada por la crítica, por las ciencias, por el desarrollo social, por las nuevas racionalidades teóricas y prácticas, así como por las mismas condiciones de la vida modernizada? (...) La metafísica es problema dentro de la profunda crisis cultural; y es este el nivel más profundo en que puede y debe plantearse, si se quiere evaluar el sentido de la crisis y si se aspira a remontarla. De lo contrario, no se habrá llegado al fondo de la cuestión, tanto del problema de la metafísica como de la crisis cultural misma”³. Con respecto a esta parte de la filosofía, hay varias posturas, por un lado, hay un puñado de gente que sigue estudiando la metafísica clásica; otros han decidido su disolución; y finalmente, otros proponen la transformación o renovación de la metafísica.

¿Es lícito plantear alguna relación entre el desconcierto intelectual de nuestra cultura con la crisis de la filosofía y más en concreto con la crisis de la metafísica? ¿Puede influir en el tipo de antropología filosófica que enseñemos nuestra postura personal con respecto a ella?

³ J. Conill. *El crepúsculo de la metafísica*. Barcelona: Anthropos, 1988. pp. 11-13.

2. ¿Crisis metafísica?

Aún cuando se pueden mencionar distintos aspectos de la crisis metafísica y es posible buscar sus comienzos y su intrínseca problemática en la historia medieval y moderna⁴, me centraré en las tres posiciones que Bengoa considera como las de mayor influencia en el siglo XX⁵: la remodelación de la fenomenología husserliana por parte de Heidegger y Gadamer, el racionalismo crítico de Karl Popper y la filosofía del último Wittgenstein. El planteamiento que justifica la intención de eliminar o al menos modificar la metafísica consiste en la crítica del fundamento (a la que yo añadiría también la negación de la trascendencia aunque no la trataré aquí).

El filósofo más explícito del siglo XX que ha acometido la idea de buscar un suelo inmovible sobre el cual asentar los conocimientos ha sido Husserl. Según algunas interpretaciones, el fundamento más claro en Husserl sería la evidencia de la conciencia. La crítica de Heidegger justamente toca este punto, le convierte en el último representante de la escuela neokantiana, y de la filosofía moderna de la subjetividad iniciada por Descartes. Heidegger dice que la afirmación de que la conciencia es la región del ser absoluto “no está sacada fenomenológicamente recurriendo a las cosas mismas”, sino que es un prejuicio de la filosofía moderna que se ha conservado en la fenomenología. Bengoa pone de manifiesto que el Heidegger de *Sein und Zeit* propone el reemplazo de este fundamento por el ser mismo que convoca a la subjetividad. “Pero Heidegger encuentra que ese fundamento de la metafísica es el tiempo y que el ser es, por tanto, ténpico (temporal) e historial (*geschichtlich*). Esta historialidad del ser es expuesta por Heidegger a través de la idea de verdad como contraposición recíproca (*Gegenwendigkeit*) de desocultación (*Unverborgenheit*) y ocultación (*Verbergung*) o como claro (*Lichtung*)”⁶. Es aquí cuando se pone en duda una posible fundamentación última⁷.

La otra crítica fuerte a toda fundamentación ha provenido del empirismo lógico, partiendo de las ideas de Popper. La crítica que señala que una teoría no podría ser nunca totalmente fundamentada. “Muchos han creído equivocadamente que Popper sustituyó el criterio de verificabilidad por el de falsabilidad para resolver el mismo

⁴ Sobre la crisis metafísica, en general, se puede consultar la obra ya citada de Conill, *El crepúsculo de la metafísica*. En esta obra, Conill señala como posiciones que han criticado la metafísica el empirismo moderno clásico, el neopositivismo, el racionalismo crítico, el positivismo histórico, el marxismo, la crítica genealógica de Nietzsche y el deconstruccionismo. Además está la obra de Max Müller, *Crisis de la metafísica*. Buenos Aires: Editorial Sur, 1949, que es un clásico para introducir a los existencialistas y se centra sobre todo en la crítica que realiza Heidegger. En *Crisis y renovación de la metafísica*, el Prof. Falgueras hace un breve recorrido histórico que parte del siglo XIV donde expone algunas limitaciones que contribuyeron al tema que tratamos.

⁵ Cfr. J. Bengoa Ruiz de Azúa, *De Heidegger a Habermas. Hermenéutica y fundamentación última en la filosofía contemporánea*. Barcelona: Herder, 1992.

⁶ *Crisis y renovación de la metafísica*, p. 21.

⁷ “El fundamento (*Grund*) que debe fundamentar todo es él mismo infundamentado (*grundlos*), reposa en el sinfondo o abismo (*Abgrund*) y rechaza toda fundamentación (*Undgrund*). Es el ser como sino (*Schicksal*) y destino (*Geschick*), como acontecer (*Ereignis*), que simplemente ‘se da’ (*es gibt*). Este ser concierne al hombre de tal modo, que ‘en el captar (*vernehmen*) y asumir (*übernehmen*) este concernimiento (*Angang*) encontramos lo específico del ser humano’ (...). De lo cual se deriva que ‘jamás podemos poner al acontecer ante nosotros como algo que esté delante ni como algo abarcante. Por eso, el pensar representante-fundamentante no corresponde (*entspricht*) al acontecer’. Este pensamiento representante-fundamentante es el vicio secreto de la metafísica, que trata de dominar el ser en lugar de ponerse a su escucha. Este afán de dominación constitutivo del pensar metafísico, tras dos mil años de incubación, alcanza su expresión explícita cuando Leibniz ‘descubre’ el *principium reddendae rationis*’ *Crisis y renovación de la metafísica*, p. 22.

problema, y, por lo tanto, que se trataba de una nueva propuesta de teoría del sentido y de la verdad. De ahí que muchos sigan manteniendo de hecho una actitud antimetafísica de corte neopositivista desde dentro de un enfoque popperiano del conocimiento⁸. Aunque Popper no niega la metafísica, sí le da un valor hipotético y con capacidad de desarrollar teorías refutables; el método denominado “racionalismo crítico” niega que se pueda llegar al fundamento.

La tercera línea de ataque de una fundamentación última de la filosofía proviene de la filosofía del último Wittgenstein⁹. En su obra *Philosophische Untersuchungen* (1953) señala que lo que confiere significado a los lenguajes concretos es su uso en el seno de una forma de vida, en la que están indisolublemente entretnejidos actividades sociales, comprensión del mundo y usos lingüísticos. Dice que la fundamentación, la justificación de la evidencia tiene un punto final. Pero éste no consiste en que ciertos enunciados se nos manifiesten inmediatamente como verdaderos, es decir, no consiste en nuestro ver, sino en nuestro actuar, que es lo que está en la base del juego del lenguaje¹⁰. Al parecer, algunos estudiosos de Wittgenstein, como Backer y Hacker, hacen ver estas afirmaciones como una forma de convencionalismo radical que insiste en la multiplicación de los juegos de lenguaje y constata el contrasentido de cualquier intento tanto de fundamentación última como de construcción de una teoría sistemática del significado y del lenguaje. El ámbito de la fundamentación queda entrampado en la gramática, y la gramática no puede ni concordar ni entrar en colisión con la realidad porque las reglas de la gramática no determinan lo que es verdadero sino sólo lo que tiene sentido decir. La filosofía de Wittgenstein lo que pretende es probar la verdad de ciertas proposiciones con las que fijamos nuestros instrumentos de descripción. No se puede hablar de filosofía trascendental, en la filosofía no hay ningún lugar para ningún tipo de prueba, lo único que cabe son aclaraciones sobre el funcionamiento de nuestros lenguajes, para alcanzar la visión global (*Übersicht*) en la que los supuestos problemas metafísicos se disipan como la niebla al salir el sol. Toda idea de fundamentación última es de suyo ilegítima.

Si queremos sintetizar estas tres ideas podemos decir que los ataques a la metafísica provienen en razón de descuidar el aspecto existencial de la vida (Heidegger), por no tener suficientes criterios de racionalidad, es decir, un método falsable como el método científico (Popper), y por traer consigo confusiones lingüísticas (Wittgenstein).

3. Transformación y renovación de la metafísica

Con todo, “habrá que averiguar si dichas crisis han acabado con los impulsos metafísicos de la filosofía o, por el contrario, si ésta sigue aspirando a la metafísica desde diversos frentes y aun contando con las instancias que se han utilizado para su negación más radical¹¹. Aunque desde Kant se ha expedido oficialmente el certificado de defunción de la metafísica como forma de *épisteme* en varias oportunidades, ésta se ha

⁸ J. Conill. *El crepúsculo de la metafísica*, pp. 68-69.

⁹ J. Bengoa. *De Heidegger a Habermas*, p. 23 y ss.

¹⁰ Cfr. *De Heidegger a Habermas*, p. 26.

¹¹ J. Conill. *El crepúsculo de la metafísica*, p. 201.

ido colando una y otra vez por la ventana. También aquí se podría decir que “la metafísica ha enterrado a sus sepultureros”. Al parecer hay resistencia a negar esa posibilidad de “utopía” que plantea la metafísica. Una vez que se ha despertado la posibilidad de discurrir y de buscar respuestas racionales, sobre todo respuestas últimas, los hombres han buscado las explicaciones fundamentales y sobre todo “el sentido” de las cosas. Por eso sigue perviviendo la metafísica, porque el hombre siempre quiere ir un poco más allá. Justamente las preguntas más acuciantes de la antropología filosófica tienen que ver con el sentido de la vida, de dónde venimos y adónde vamos (y esas preguntas no responden del todo la teoría de la evolución).

Conill en su obra expone casos paradigmáticos “de la filosofía actual que defienden el orden metafísico a partir de la metafóricidad del lenguaje (Ricoeur), del fenómeno de la vida (Ortega, Cerezo), de la sensibilidad (Zubiri), de la lógica (Kant-Hegel-Puntel)”¹², “en *Metafísica y lenguaje*, Alejandro Llano defiende una vía metafísica sumamente audaz y controvertida, ya que en último término proyecta una *renovación* de la metafísica realista —sin necesidad de transformación—, debido al acercamiento entre la filosofía analítica y los planteamientos clásicos aristotélicos (es decir, entre el análisis lógico-lingüístico contemporáneo y el análisis formalmente ontológico) en lo que concierne a los *sentidos del ser* y sus *modalidades*”¹³. Es más, algunos filósofos proponen una renovación más radical de la metafísica. “A nuestra altura histórica, o sea, después de las dos grandes crisis que ha experimentado la filosofía a lo largo de su historia justamente al final de cada una de sus grandes etapas (antigua, medieval) y en plena crisis de su más reciente desarrollo (la modernidad), es conveniente extraer la lección teórica que ellas nos suministran, es decir: evitar entender al hombre en términos de metafísica. No se trata de declarar acabada la metafísica, sino de restringirla al conocimiento del ser y de la esencia del mundo. Tampoco se trata de desesperar de la filosofía en lo tocante al hombre, sino de abrir una nueva vía para afrontar el estudio del hombre con independencia del estudio del mundo, pues el hombre está violento cuando se lo considera como mera parte del mundo (pensamiento antiguo), cuando se lo trata en simetría con el fundamento mundano (pensamiento moderno) y cuando se lo separa (ateísmo) u opone a su destino eterno (Ockham)”¹⁴.

Falgueras se refiere a la metafísica tradicional y apunta sobre todo a un estudio diferente del hombre, “la tarea pendiente es, pues, desarrollar una antropología trascendental, o sea, radicalmente independiente de la metafísica, o por decirlo con otros términos: una meta-antropología”¹⁵. Como diría Polo, iniciador de esta renovación, “existe un planteamiento metafísico correcto y válido, que es el desarrollado, sobre todo desde Aristóteles, en la gran tradición filosófica occidental. Pero estimo que se puede —y eso en los clásicos no está— ampliar ese planteamiento. O, dicho de otra manera: (...) si se acepta que la metafísica es filosofía trascendental, filosofía de tras-

¹² *El crepúsculo de la metafísica*, p. 201.

¹³ Idem, p. 61. Cfr. A. Llano. *Metafísica y lenguaje*. Pamplona: Eunsa, 1984. En esta obra, el Prof. Llano muestra la injusticia que se comete con la filosofía analítica al tratarla como superficial y seguir arrastrando los carteles positivistas de su primera época. La obra de Robert C. Stalnaker, *Ways a World might be. Metaphysical and anti-metaphysical essays*. Oxford: Clarendon Press, 2003, presenta un repaso actualizado de algunos de temas de la filosofía analítica.

¹⁴ I. Falgueras Salinas. *Crisis y renovación de la metafísica*, p. 122.

¹⁵ *Crisis y renovación de la metafísica*

centadales (...), entonces la antropología, sin ser la metafísica, distinguiéndose de ella, también es trascendental¹⁶.

Vuelvo a señalar la estrecha relación entre metafísica y filosofía, sobre todo en el caso de la antropología filosófica. ¿Qué esperan de la antropología filosófica? Mayor comprensión de quién es el hombre, pero de una manera determinada, no se espera que la respuesta se agote en el análisis cultural, social o de las ciencias positivas, para eso es cuestión de acudir a la antropología cultural, la antropología social, la paleoantropología y tantas ciencias que figuran hoy en las carreras universitarias, incluso se puede acudir a la psicología experimental. Para esas respuestas no hace falta la antropología filosófica. Si se desea una respuesta trascendental definitiva, donde se explique el “más allá” de la vida, debe buscarse en la religión, eso tampoco se le pide a la antropología filosófica. Aunque en ambos casos la filosofía puede hablar de ellas, puede hablar de ciencia y de teología, pero lo hará desde su estatuto epistemológico. Lo que se le pide es que integre los conocimientos de los demás saberes y que dé una visión global lo más completa posible para saber quiénes somos.

Si la filosofía se “especializa” tanto, ¿será capaz de dar este tipo de respuestas?; si la filosofía se disfraza de ciencia o de teología, ¿será capaz de dar lo que se le pide? Hoy da la impresión de que la filosofía está acomplejada y arrinconada por el éxito del método científico, y su función es aplaudir y no presentar oposición. Aunque tampoco la idea es hacer siempre de abogado del diablo. Lo que se le pide a la filosofía es que no renuncie a ser lo que ha sido, una disciplina que busca a toda costa las verdades de la realidad que circunda al hombre, utilizando las fuerzas de la inteligencia.

Muchos científicos ignoran a la filosofía y en concreto a la metafísica, e incluso la ignoran al abordar temas que se les escapan del análisis y método científico. Así, la ciencia se ha erigido muchas veces en metaciencia, incluso en metafilosofía, ha saltado su estatuto epistemológico y ha intentado transformarse ella misma en el único saber válido. Lo ha dicho Comte, lo han repetido las tesis de los primeros neopositivistas lógicos y actualmente se palpa en los círculos materialistas y posmodernos¹⁷. Hoy día se presta más atención y se le da más confianza a un físico o a un biólogo, si es Premio Nóbel mejor, que a cualquier filósofo de prestigio. Hoy día la filosofía sigue siendo palabrería inútil, en algunos casos sigue siendo una reflexión literaria, una demostración de sutileza y de ingenio, o a lo más, un juego inteligentísimo de lógica y matemática deductiva. La misma acusación que la metafísica recibió de Ockham, Hume o el primer Wittgenstein la reciben ahora los filósofos que se limitan a comentar los fenómenos de manera parcial. Sin embargo, la gente pide más, sigue buscando respuestas y sigue buscando a los filósofos, a veces incluso como forma de terapia. Un refugio para ese análisis fenoménico y meramente descriptivo puede ser la Antropología Filosófica.

¹⁶ L. Polo. *Presente y futuro del hombre*. Madrid: Rialp, 1993. p. 150.

¹⁷ La crítica, aunque se presenta general, se refiere a todos los sectores que niegan la metafísica y sus pretensiones de buscar el fundamento y el sentido de la realidad, por ejemplo: las ideas que presenta Stein, E., “Vida humana, un concepto de antropología filosófica”. En *Veritas*, 48 (4), D 2003. pp. 519-520, partiendo de las propuestas kantianas para la Antropología Filosófica. O por ejemplo, las tesis de algunos autores posmodernos que se pueden ver sintéticamente en: M. Berciano Villalibre. *Debate en torno a la posmodernidad*. Madrid: Síntesis, 1998. Entre los que merecen ser citados están las tesis de Lyotard, Rorty y Vattimo (pp. 63 y ss.).

Lo que quiero señalar es simplemente el error de ciertos movimientos filosóficos al intentar rechazar la metafísica, porque la metafísica sigue estando allí. Para mostrarlo, se pueden observar las aproximaciones mencionadas y los intentos de reconducir la metafísica de tal manera que responda más adecuadamente a la compleja realidad que vivimos hoy. Estos intentos muestran el genuino interés por la búsqueda de esas verdades de fondo, todos la rondan desde distintos caminos. Me parece que es hora de reivindicar el nombre de la metafísica, tal vez así el cambio de percepción y la superación del “anatema” pueda dejar libre nuevamente esa posibilidad de buscar los principios (el fundamento) y los sentidos sin temor a caer en dogmatismos o en intolerancias (¡todavía hoy encontramos a pensadores que identifican metafísica con religión!). En este sentido la historia ha enseñado mucho y sería de necios no asimilar la lección. Pero ahora se pide mayor esfuerzo de reflexión auténtica y sin prejuicios, hace falta que la filosofía se posicione en su lugar correspondiente. Las ciencias están fuera de madre al no reconocer sus limitaciones, su madre es la filosofía, históricamente ha sido así y epistemológicamente también. La ética es terreno filosófico. Es hora de ponerle el escabel al gato, porque ahora está en juego la supervivencia del hombre en el planeta, y esos son datos contundentes de la misma ciencia. Esto no significa absolutamente ningún desprecio hacia los demás tipos de saberes, sería hacer mala filosofía. Reivindicar sería el primer paso, luego vendría el siguiente, más arduo, establecer los criterios para justificar la metafísica que adoptamos.

Me parece ver que, si no recuperamos la metafísica de manera clara, no se recompondrá la filosofía, y si ésta no consigue recuperar su posición, entonces las posturas ideológicas serán cada vez más antagónicas, sobre todo aumentará la brecha entre ciencia y religión. Por un lado, habrá un grupo que se ciña a la moderna idea de progreso reconociendo solamente el trepidante desarrollo económico-material, y otro grupo que, probablemente en cotos reducidos, intentará buscar el respeto ante sus creencias, ya sea en espacios jurídicos legítimos o por la vía del terrorismo fundamentalista. El puente o el “colchón” entre ambos no vendrá de la política, ni de las tertulias en los medios de comunicación, sino de las razones y los argumentos de verdad desarrollados por ambas partes. Y en esto sí puede ayudar la filosofía.

Ya he sobrepasado el espacio que me han asignado. De la postura filosófica ante el tipo de metafísica que se adopte, se derivará el estilo de antropología filosófica, sus planteamientos y respuestas correspondientes. El mutismo metafísico lo único que hace es reemplazar ese pensamiento primero y fundamental por otro, llámese literatura, matemática o experiencia.

Miguel Acosta López
Universidad San Pablo-CEU
Julían Romea 20
28003 Madrid
macosta@ceu.es